



1

Tocar los libros

JESÚS MARCHAMALO
Prólogo de Luis Mateo Díez

CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

TOCAR LOS LIBROS

TOCAR LOS LIBROS

Jesús Marchamalo

Prólogo de Luis Mateo Díez

**CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS
MADRID 2008**

Reservados todos los derechos por la legislación en materia de Propiedad Intelectual. Ni la totalidad ni parte de este libro, incluido el diseño de la cubierta, puede reproducirse, almacenarse o transmitirse en manera alguna por medio ya sea electrónico, químico, óptico, informático, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo por escrito de la editorial. Las noticias, asertos y opiniones contenidos en esta obra son de la exclusiva responsabilidad del autor o autores. La editorial, por su parte, sólo se hace responsable del interés científico de sus publicaciones.

Catálogo general de publicaciones oficiales
<http://www.060.es>



© CSIC

© Jesús Marchamalo

Viñeta de cubierta: Damián Flores

NIPO: 653-08-068-1

ISBN: 978-84-00-08638-1

Depósito Legal: M-17.984-2008

Compuesto y maquetado en el Dpto. de Publicaciones del CSIC

Impreso en: RB Servicios Editoriales, S.L.

Impreso en España. *Printed in Spain*

*Para mi amigo Manolo Gulliver, de nuevo.
Este librito también para tocar.*

La primera edición de 'Tocar los libros se publicó en 2004, por el Centro de Profesores de Cuenca, dentro de la colección "Cuadernos de Mangana", que recoge las ponencias del curso de novela celebrado anualmente en esa ciudad.

Se hizo una tirada de 750 ejemplares que se distribuyeron gratuitamente entre profesores, bibliotecas, colegios y especialistas, y está agotado desde entonces.

En esta nueva edición que ahora publica el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, se ha mantenido el tono de lo que originariamente fue una conferencia, aunque se han realizado añadidos y correcciones al texto original. También se incluye un prólogo, "Talismán", de Luis Mateo Díez.

TALISMÁN

DESDE el día que conocí a Marchamalo, en la Cafetería El Soportal de la Plaza Mayor, supe que su apariencia sosegada y bondadosa ocultaba un secreto que en nada contrariaba esas cualidades, pero que podía alimentar una obsesión muy relacionada con el sentido de su vida.

Me recordó a mi viejo amigo Lumeras, no en lo físico pero sí en cierta capacidad de convicción y persuasión, y en esa aureola tan particular de las personas con quienes se charla tan a gusto. El asunto habitual de las conversaciones, con uno y otro, son los libros, y en la derivación que el amor a los libros conlleva, hay en Marchamalo, igual que en Lumeras —a quien, por cierto, hace mil años que no veo—, una insistente indagación que va más allá del placer de leerlos, como si los libros estuviesen hechos de un talismán irresistible.

Nunca he visto a Marchamalo, desde aquel primer día, sin un libro en las manos o en la cartera, casi siempre con varios, y en algunas conversaciones, tan llenas de gusto y erudición, he sentido el entusiasmo y la ansiedad que Lumeras traslucía, ese brote de la obsesión que es un alimento revitalizador, lo que alguien llamaba un buen motor interno para que la vida no languidezca.

A Lumeras, que había parafraseado un bello título de Cortázar, para avalar su obsesión, y lo repetía como una frase hecha y deseada: “todos los libros el libro”, se me ocurrió una vez hacerle un regalo, que me agradeció por su carácter simbólico. Era un libro, muy bellamente encuadernado, y con las páginas en blanco.

Cuando en una ocasión se lo conté a Marchamalo, vi que sus ojos brillaban y la sonrisa remarcaba con mayor intensidad que nunca la felicidad habitual de su rostro. Rebuscó un instante en la cartera y me mostró un libro extremadamente parecido al que en su momento le había regalado a Lumeras, con las páginas en blanco.

Es un recurso maravilloso, una fórmula infalible para sentirse dueño de todos los libros del mundo,

de los escritos y de los que todavía no lo están, aseguró Marchamalo. Lo abres y se cumple el sueño, sin la menor frustración. Bueno, le dije un poco sorprendido, yo pensé que era un consuelo, por eso se me ocurrió el regalo. Un consuelo, por supuesto, y un espejo, aseguró Marchamalo. También un salvoconducto para esta íntima obsesión que, como bien dices, alienta el sentido de una vida. No puedes imaginarte la cantidad de ellos que llevo regalados...

LUIS MATEO DÍEZ

TOCAR LOS LIBROS

Jesús Marchamalo

NUNCA hasta hace poco he sabido los libros que tengo, y de hecho jamás hasta hace poco había tenido la tentación de contarlos. Pero justo hace poco, en un ataque de insomnio recalcitrante, pensé que a efectos de adentrarse en el sopor, el hecho de contar ovejas o libros debiera ser en principio equivalente. Más aún para un tipo urbano, como yo, para quien contar ovejas es algo tan ajeno como para un ruso contar chicas de Wisconsin en un baile de graduación.

Así que me planté ante la estantería, casi de madrugada, e hice una primera prospección a tanto alzado.

Pongamos que un libro (medio) mida de ancho unos dos centímetros y medio. Comprueben en casa y verán cómo los libros (medios) andan siempre

cerca de esa cifra media. Cabe preguntarse después respecto a la equivalencia del centímetro Georges Perec, tan cuidadoso siempre con la medida de las cosas; con el centímetro Boris Vian; o el centímetro del pulcro Azorín comparado con el centímetro del impulsivo Baroja, pero ése es otro tema y merece ser tratado en otra ocasión.

Las estanterías de mi casa miden un metro treinta de largo y tengo trece, es decir, casi diecisiete metros lineales, más otras seis baldas de obra de un metro de ancho capaces de contener entre cuarenta y cincuenta libros cada una de ellas.

Un sencillo cálculo matemático permite afirmar que sólo en el estudio de mi casa, el sitio donde trabajo, conviven ahora mismo alrededor de mil volúmenes. Y obsérvese que digo volúmenes y no libros porque la palabra volumen entraña un cierto empaque cultural. A partir de cierta edad uno deja de tener libros, y empieza a tener volúmenes. O ejemplares.

El caso es que si hubiera leído todos estos volúmenes, y haciendo un cálculo razonable de una semana de lectura para cada uno de ellos, en mi cuarto tengo, redondeando, todo lo que he leído

en los últimos diecinueve años de mi vida; desde Montalbán, *Galíndez*, hasta *La ciudad de los prodigios*, de Mendoza; *Catedral*, de Carver; *La música del azar*, de Auster; o *Ficciones*, de Borges, pasando también por ese territorio singular de los libros absurdos; entre otros, la *Guía del apicultor moderno*, otro sobre el supuesto envenenamiento de Napoleón, con arsénico, en la isla de Santa Helena, una *Guía de plantas de interior*, e incluso algún libro que negaré haber mencionado, como uno que tengo sobre Jack el Destripador, *Los últimos secretos desvelados*; una biografía de Pétain, y otro de recetas de Arguiñano.

Tampoco crean que me preocupa excesivamente, porque en todas las bibliotecas, incluso en las de gente fuera de toda sospecha, existe siempre una parcela de libros de difícil justificación. Walter Benjamin, por ejemplo, tenía una selección especial de cuentos de hadas, Pedro Salinas coleccionaba tratados de urbanidad, Aleixandre guardaba en su biblioteca un apartado de novelas policíacas, y la gran debilidad de la escritora norteamericana Anne Fadiman, según ella misma confiesa, son los libros sobre exploraciones no sé si árticas o

antárticas, porque es algo con lo que siempre me he liado.

También hablaron mucho los contemporáneos del generoso paladar lector de Laurence Sterne, el autor de *Tristram Shandy*, cuya biblioteca reunía desde tratados de fortificación hasta libros de obstetricia, que ustedes me dirán.

En lo que directamente me afecta, no sé en qué momento empecé a comprar métodos de francés, pero tengo los suficientes en casa como para verme obligado a confesarlo. Y de piratas.

Hay quien dice que las bibliotecas definen a sus dueños, y estoy seguro de que es cierto. “El hogar es donde tienes los libros”, escribió Richard F. Burton, escritor, militar, explorador, diplomático, agente secreto y viajero infatigable a quien, por cierto, no debió resultarle fácil ubicar sus estanterías. Margerite Yourcenar dijo en una ocasión que reconstruir la biblioteca de una persona era una de las formas más idóneas de informarnos de cómo es. Por supuesto que los libros hablan de nosotros. De nuestras pasiones e intereses. Los libros delimitan nuestro mundo, señalan las fronteras difusas, intangibles, del territorio que habitamos.

Hablan no sólo de los lectores que somos y de los que fuimos en su momento, sino que hablan de los lectores que quisimos ser, y en los que finalmente no nos convertimos.

Se compran libros de manera caprichosa, contradictoria, dispar. Hay temas que provocan vivo interés en determinadas épocas de nuestra vida, y que se abandonan después, igual que se abandonan algunas certezas, junto con otras que se enquistan en el tiempo. Como en los estratos geológicos de un yacimiento arqueológico, los libros permiten ir desenterrando los restos de todos los naufragios.

Cuántas veces, de visita en una casa, nos hemos encontrado en las estanterías un libro conocido que nos ha servido para cruzar una mirada cómplice con su propietario: qué bien Monterroso, ¿verdad? Qué buena Highsmith; o cuánto me reí con Sergi Pàmies. Compartir lecturas hermana como hermanan los gustos culinarios, ser del Numancia o veranear en el mismo lugar de la costa.

Hay libros, fíjense a partir de hoy, que están en todas las casas, que tiene toda la gente que conocemos. Cuando voy de visita y me pongo a cotillear libros veo mucho *El Principito*, de Saint-Exupèry; *El Quijote*,

que suele estar en todas las estanterías, y *El nombre de la rosa*, de Eco. También aparece con frecuencia Camus, *El extranjero*, y algo de Echenique, casi siempre *La vida exagerada de Martín Romaña*. Hubo un momento, hace años, que todos mis amigos tenían *Juan Salvador Gaviota*, y ahora todos tenemos algún tomo de *Harry Potter*. Dice Luis Landero que las bibliotecas están llenas de corredores y pasadizos secretos que comunican con otras bibliotecas: con las de amigos, enemigos, conocidos, pero también con la de Ariadna Gil o la de Galdós... Los libros, al final, conforman un territorio común, son las fronteras declaradas del país imaginario en el que nos movemos.

Siempre me ha sorprendido, en esas entrevistas en apariencia inofensivas, vuelta y vuelta, que publican los diarios de fin de semana, la facilidad que tienen los próceres nacionales a la hora de elegir un libro, una película, una ciudad favorita y no otra. Yo he de reconocer mi imposibilidad para este ejercicio de monogamia. Mi país literario sería ése en el que vivieran Aub y Calvino; Camus y Borges; Millás y Monzó, y también, a temporadas, Calders, y Roald Dahl, y Cortázar, y Delibes, y Mendoza, y

también Kapuscinski, ese periodista polaco cuyo apellido lleva acento en todas las consonantes...

Eso sin contar los autores de los que no me acuerdo, y los libros que he olvidado. Porque hay —debe de haber en alguna parte— una inmensa biblioteca imaginaria de libros olvidados, no sólo míos (que ya serían bastantes) sino de todo el mundo.

No hace mucho leí que Patrick Süskind, el autor de *El perfume* y *La historia del señor Sommer*, es una de estas víctimas fatales de la desmemoria. Cuenta Süskind que en ocasiones ha leído el mismo libro dos o tres veces sin darse cuenta prácticamente hasta el final. Mallarmé, otro lector amnésico descomunal, tomó la determinación en un momento de su vida de escribir al final de cada libro lo que le había parecido, y un pequeño resumen argumental, para evitar también relecturas involuntarias.

A mí me ocurre incluso que hay libros que recuerdo perfectamente haber leído, que recuerdo que en su momento me gustaron, que incluso me marcaron de alguna manera pero de los que sería incapaz siquiera de hacer un somero resumen: Manuel Puig, *Cae la noche tropical*, ni idea de qué va. Ernesto Sabato, *Sobre héroes y tumbas*, imposible

acordarme. *Mar gruesa*, de Amis, como si no lo hubiera leído.

Lamentablemente, más allá de la obvia, predecible, apuesta por Salgari, Verne o Melville, soy incapaz de recordar lo que leía de joven. Ni siquiera me acuerdo de cuál fue el primer libro que compré, y eso es malo porque estoy seguro de que la primera visita a una librería es una declaración de independencia, tan importante como la primera salida sin padres, la primera borrachera, o la primera película que se ve en el cine —en mi caso *El oro de Mckenna*, de Lee Thompson—, que hará saltar todas las alarmas en cuanto me psicoanalice.

El escritor mexicano Sergio Pitol anota en un cuaderno de anillas desde 1960 todos los libros que lee. En su cuaderno figura la fecha, el autor, el título, y el número que ese libro representa en sus lecturas. Hace un par de años que estuve con él, haciendo un curso, y me confesó tener catalogados unos ocho mil, lo cual es una cantidad. Tiene la suerte Pitol, eso sí, de vivir en una casa de campo en Xalapa, que cuenta con la particularidad de crecer con sus libros. Cada vez que tiene un problema de espacio en la biblioteca, derriba un tabique y construye una

habitación adicional. Cuando hablamos estaban terminándole otro salón, destinado a albergar los libros de arte y pintura, y que seguro que ya ha conseguido hacer rebosar.

Porque hay que reconocer a los libros una sorprendente capacidad colonizadora. Ocupan una estantería tras otra y cuando consiguen desbordarlas, su germen –como arrastrado por invisibles esporas– anida en otro lugar inexplicablemente alejado, recóndito, inaccesible en apariencia de la casa. Un libro aparece repentinamente sobre una mesa y en pocos días prolifera con sorprendente viveza. Los libros se extienden después por los sofás, toman las repisas, los cabeceros de las camas, las mesillas... Como un ejército victorioso ganan los altillos, los aparadores, las cestas de mimbre donde duermen los gatos.

Se cuenta que el escritor Alfonso Reyes (su biblioteca era conocida como la Capilla Alfonsina) llegó a enviar una carta a las editoriales rogándoles que no le hicieran llegar más libros de novedades, porque no podía darles cabida. Fernando Arrabal es otro de los prisioneros de sus libros, una inmensa biblioteca en París que le impide cambiarse de

casa porque no encuentra un piso en ningún lugar lo suficientemente grande para poder guardarlos todos. Y existe la leyenda de que Ramón Gómez de la Serna tenía varias casas en Madrid, que iba llenando de libros y papeles, y que abandonaba justo a tiempo, cuando amenazaban seriamente con fagocitarle.

José Ángel Valente tenía unos siete mil libros; Leonardo Sciascia, diez mil; Azorín, unos doce mil, que se conservan en su casa museo de Monóvar. Nadie ha sido capaz de decirme ni siquiera aproximadamente los que tenía el poeta cubano Gastón Baquero, pero sí me han contado que su casa era un auténtico disparate. Había libros por todas partes; amontonados en el pasillo, sobre los muebles, en las sillas, apoyados en pilas en las paredes. Había libros hasta en el cuarto de baño; cubrían por completo la bañera, aunque éste es un dato que agradecería no saliera de esta sala.

La gente que iba a cenar a su casa, invitada, tenía que retirar libros de la mesa hasta hacerse un hueco para la bandeja. Sin embargo, volviendo al tema de la memoria, en medio de aquel caos absoluto Baquero era capaz de recordar cada libro que tenía y

cada libro que había leído, de los que podía además hablar como si acabara de hacerlo esa misma tarde; la trama, el nombre de los personajes, los diálogos. Se había convertido en el hombre libro, el hombre biblioteca. Decía Borges que no somos lo que escribimos, sino lo que leemos.

No tenía ni idea de dónde podían estar, claro. Me refero a Baquero. Cuando alguien le pedía un libro, le llevaba a casa, y le invitaba a buscarlo sin ser consciente, al menos en apariencia, de la hazaña monumental a la que el invitado se enfrentaba. Decía: “No sé, mira por ahí” mientras describía un enorme arco con la mano, que abarcaba aquel inaprensible escenario del caos.

EL ORDEN Y EL CONCIERTO

Si como decíamos, los libros hablan del carácter, los intereses y la personalidad de sus propietarios, también la forma de ordenarlos aporta datos significativos.

En este sentido, hay que comenzar diciendo que el orden de los libros viene dificultado por los

propios libros, que ofrecen una enorme resistencia a ser dispuestos en formación.

Durante mucho tiempo los libros no tenían reservado un lugar específico dentro de la casa, sino que se almacenaban en arcones, cajones o alacenas, junto a platos, vasos, ropa de cama, trajes... Sólo a partir del siglo XVI, y sobre todo el XVII, las clases acomodadas reivindicaron un espacio privado para la lectura y, por tanto, reservaron habitaciones en las que comenzaron a guardar también los libros, primero sobre mesas o pupitres, según la costumbre medieval, y más tarde en estanterías a lo largo de las paredes, sobre tablas.

Los libros, de algún modo, conservan un viejo instinto boscoso, una tendencia a la dispersión que dificulta el orden. ¿Dónde van los de Kafka, por ejemplo, y dónde los libros sobre Kafka? ¿Prima el título sobre el autor? ¿El tema sobre el título? ¿El autor sobre el tema? Eso sin hablar de la legión de errantes, esos libros que andan por ahí rodando durante años intentando encontrar un acomodo inclasificable.

Recuerdo el caso de un escritor que guardaba sus libros en enormes cajas metálicas de galletas,

que reordenaba a su antojo por el simple, sencillo procedimiento, de cambiar las latas de sitio.

Simplificando, podríamos afirmar que existen dos tipos de personas, dependiendo de cómo afronten el asunto: los que mantienen un cierto orden en sus bibliotecas, y los que prefieren que los libros campen a sus anchas y acaben encontrando su propio lugar, con el riesgo que implica encontrárselos finalmente instalados en la bañera.

Entre los que buscan que un cierto orden presida sus estanterías encontramos diversas escuelas, pero generalizando digamos que suele imponerse el orden alfabético o el cronológico de autores. Cuenta Alberto Mangel, en su libro *Una historia de la lectura*, el caso extremo de un visir persa que ya en el siglo X viajaba con su colección de 117.000 volúmenes que transportaba en una caravana de cuatrocientos camellos adiestrados para caminar por el desierto ¡en riguroso orden alfabético!

Sin embargo, a Susan Sontag, que confesaba dedicar bastante tiempo a recolocar y reordenar sus libros, le resultaba intolerable la idea de que Platón y Pynchon compartan la misma balda sólo porque empiecen por la misma letra.

Juan Carlos Onetti, un desordenado profesional —y fumador empedernido— cuyos libros andaban siempre como descarriados, refería a menudo la historia de esa niña de trece o catorce años que se presentó una día en su casa, ofreciéndose a ordenarle la biblioteca tras recitarle el abecedario de corrido, lo que ambos consideraron mérito suficiente. Cuando terminó el trabajo, Onetti contempló aterrado el resultado: la letra J reunía a Joyce, Rulfo, Cocteau, Jiménez, Le Carré, Swift, Cortázar y Borges, entre muchos otros. Lo que le llevó a pensar que colocar los libros por orden alfabético no deja de ser tan arbitrario como amontonarlos por los pasillos.

Y es que poner a Sabato al lado del marqués de Sade sólo porque comparten la misma inicial es como sentar juntos en una comida a Zapatero y Zaplana por idéntico motivo. Una provocación no exenta, como diría mi amigo Ricardo Bada, de cierta justicia poética. O prosaica, tanto da.

Así parecería lógico defender un riguroso orden cronológico comenzando por Aristóteles, por ejemplo, y acabando con David Leavit exactamente en el otro extremo del universo, o al menos del salón, y siempre a una distancia suficiente.

Una curiosidad de profesionales: las bibliotecas se ordenan de izquierda a derecha, pero —ahí la curiosidad— de abajo arriba, para que sea el propio peso de los libros el que fije las estanterías al suelo.

También es verdad que el orden cronológico de autores no resuelve totalmente el problema, ni mucho menos, ya que al lado quedarían Quevedo y Góngora, que recuerden cómo se pusieron en vida de tocino. Juntos o muy cerca, Vargas Llosa y García Márquez, que tampoco se profesan demasiado amor. Y si, además, el orden cronológico se aplica por países, nos encontraríamos con que José Saramago ocuparía la misma balda que Antonio Lobo Antunes dándose codazos todo el tiempo.

El orden cronológico exige, además, un conocimiento si no exhaustivo sí cuando menos suficiente de la historia de la literatura ya que, para localizar a un autor es necesario situarlo, aproximadamente, en el tiempo. Hay veces que es sencillo: Anacreonte va sin ningún género de dudas antes que Savater, y eso que Savater tiene ya una edad. Y Virginia Woolf antes que Almudena Grandes. Pero en ocasiones la cosa se complica. A mí, por ejemplo, me resultaría imposible decidir respecto a Maupassant y Poe;

francamente, no tengo ni idea de cuál de ellos es más joven, o Rimbaud y Zola; yo diría que Rimbaud, pero tal vez me deje engañar por su eterna juventud.

Hay otros autores, sin embargo, que siempre han parecido mayores, por ejemplo Campoamor —de toda la vida me imaginé que alguien con ese nombre debía ser un venerable anciano—, o Whitman, con sus pelambreras, o el mismo Ezra Pound, a quien soy incapaz de imaginar sin canas... Existe un riesgo adicional y es que hay autores que engañan: Kafka (1883) podría parecernos mucho más mayor que Chandler (1888), cuando en realidad son contemporáneos. Y podríamos pensar que Zorrilla (1817) fuera más mayor que Baudelaire (1821), aunque prácticamente sean de la misma quinta.

Para evitar todos estos inconvenientes, hay quien se decide por métodos un tanto excéntricos; por ejemplo, Lezama Lima ordenaba sus libros por editoriales, lo cual facilita mucho las cosas: Espasa con Espasa, e Hiperión con Hiperión, sin discusiones. Gonzalo Torrente Ballester los colocaba según diferentes criterios: algunos por materias, otros por encuadernación, o por antigüedad... El sistema era tan complejo que sólo él podía encontrar los libros. Jesús Ferrero ordena por

ámbitos culturales: libros occidentales por un lado, libros orientales por otro, y tiene también una tercera sección de libros apátridas. Reconozcan que escribir un libro apátrida es una de las cosas más inusuales que pueden ocurrirle a un escritor, pero bueno.

No he conseguido averiguar cómo los ordenaba Ortega, pero era perfectamente capaz de localizar cualquier libro en su biblioteca (tenía algo más de quince mil volúmenes), incluso sin estar presente. Se cuenta que, desde el extranjero, en alguno de sus frecuentes viajes y estancias, enviaba instrucciones precisas respecto de la balda, el estante y, en éste, el lugar exacto que ocupaba el libro que necesitaba y que, a veces, hacía que le copiaran o dictaran por teléfono.

Un método mucho más científico era el utilizado, hasta hace relativamente poco, en las bibliotecas públicas, donde los libros, para ahorrar espacio, se ordenaban por tamaños —pequeños con pequeños, medianos con medianos y grandes con grandes—, de ahí que en muchas fichas sigan figurando todavía las medidas del libro. Lo que nos hace volver involuntariamente al principio de todo esto, cuando comenzamos hablando —con perdón— de

los centímetros Boris Vian. Sin entrar en las sutilezas respecto de cuándo un libro pequeño se convierte en mediano, y cuándo uno mediano en uno grande.

Existe una librería de viejo en Madrid que los tiene ordenados por habitaciones: tiene una para los libros de historia y pensamiento; otra con los de literatura, idiomas y misales –curiosa convivencia, por cierto los métodos de inglés y los catecismos–; otra con libros de arte y viajes, y una última con todo lo demás: ofertas, y libros desparejados sobre tinte de telas, o mecánica del automóvil, o sobre la Segunda Guerra Mundial, o lo que sea.

Todas las habitaciones comunican con otras, en lo que es un extraño laberinto previsible, y es un lugar divertido porque uno puede trasladarse de ámbito de saber cruzando simplemente el umbral de una puerta.

De todos modos, ordenar los libros siempre plantea problemas. Digamos que es algo que conviene evitar a no ser que uno disponga de tiempo, o que le paguen por ello como hizo Catalina de Rusia con Diderot, a quien compró toda su biblioteca, con él mismo dentro para que se la mantuviera en perfecto estado de revista.

CÓMO DESHACERSE DE 500 LIBROS

Todos estos esfuerzos, sumados a la necesidad imperiosa de espacio, fueron posiblemente los que llevaron a Herman Hesse a tomar la determinación dramática de mantener en casa un cierto número de libros y únicamente esos: cada libro que entraba en su biblioteca, obligaba a otro a salir.

Y para hacer más llevadero el trámite, ideó cuatro preguntas que le permitían determinar, sin remordimiento, de manera científica, cuáles eran los libros prescindibles, y cuáles no: ¿Necesitas el libro? ¿Lo quieres? ¿Estás seguro de que volverás a leerlo? ¿Sentirías mucho perderlo? Una sola respuesta afirmativa valía para mantenerlos, de otro modo resultaban irremisiblemente condenados.

Lo mismo hace en la actualidad el pensador alemán Hans Magnus Enzensberger, quien hace años implantó un riguroso *numerus clausus* en sus anaqueles; sólo prescindiendo de un libro se autoriza la entrada de otro. Y no quieran ver eso lo que acaba disuadiendo.

En todo caso, la pregunta resulta obvia: ¿cuál es el número ideal de libros en una biblioteca

doméstica?, ¿a qué número exacto de libros se puede sobrevivir?

Nuestro amigo Georges Perec, autor de *La vida, instrucciones de uso*, propuso en su momento una cifra redonda: trescientos cuarenta y tres. Un número travieso y capicúa, como no podría ser de otra forma. Pero se encontró con un problema serio a la hora de ponerlo en práctica; hay ocasiones en que un libro no equivale a un único volumen. *Gárgoris y Habidis*, de Dragó, editado por Hiperión, tiene cuatro volúmenes, pero que en realidad deberían contar como uno, y de hecho se vendían originariamente en una caja. O *Memoria del fuego*, de Eduardo Galeano, editado por Siglo XXI en tres volúmenes que, lógicamente, no son tres libros, sino el mismo libro dividido en tres partes. Lo mismo ocurre con Cortázar, *Último round*—publicado en dos volúmenes—, y con Italo Calvino, *Nuestros antepasados*, editado por Alianza, y que en realidad contiene tres historias que, en efecto, podrían ser tres libros.

Según Perec, siempre que exista una unidad argumental, intencional, filosófica, una obra debería contar como un solo libro, independientemente del número de volúmenes. Pero, al fin y al cabo, la obra

completa de un escritor, se preguntaba Perec, ¿no constituye en realidad un único libro, un nuevo intento de acercarse a una única obra, contada de diferente manera, con distintos protagonistas, una y otra vez? Graham Greene, como Goethe, acabó reconociendo que todos sus libros no eran sino simples fragmentos de una confesión general.

Así, las obras completas de Sartre, ¿cuántos libros son?, ¿y las de Wilde, publicadas por Aguilar en un solo volumen?, ¿y la Antología de la Generación del 27?

La biblioteca de Perec, limitada a trescientos cuarenta y tres libros, podía contener en realidad todos los libros, y puede que hasta le sobrara sitio. Lo que lleva a la infinita Biblioteca de Babel, de Borges, ésa que contendría todos los libros del universo, no sólo los existentes sino los que están por escribir, y que ocuparía un solo volumen compuesto, eso sí, por un infinito número de páginas, infinitamente delgadas.

En todo caso, volviendo al tema de los muchos libros, ¿qué sentido tienen esas estanterías atiborradas, que ocupan todas las paredes, llenas de libros rebozados en polvo, inútiles la mayor parte de ellos? ¿Las de Gerardo Diego, que prácticamente

ocultaban por entero las paredes, las de Unamuno, repletas de libros apretados y cruzados como las baldas de una librería de ocasión? ¿Para qué conservar libros que sabemos que nunca vamos a volver a leer, que probablemente nunca vamos a volver a necesitar?

Una verdad indiscutible es que los libros, en general, denotan cierta autoridad cultural, dotan de prestigio a sus poseedores, y son un signo de aspiración intelectual.

Los libros también aportan soluciones decorativas, dan tono a una casa, y abrigan, por supuesto. En la Rusia del siglo XVII, en tiempos de la emperatriz Catalina la Grande, un comerciante, el señor Klostermann, consiguió hacerse rico vendiendo a la aristocracia hileras de libros primorosamente encuadernados que únicamente contenían papel de deshecho. Lo que permitía a los cortesanos vivir la ficción de tener una biblioteca sin el riesgo de sentir la tentación de acabar utilizándola.

Lo cierto es que en la Rusia de Catalina la Grande no sólo los libros eran imaginarios, sino en ocasiones las casas, los graneros, las iglesias... Aldeas *potiomkin*, se llamaban. Para mostrar un progreso inexistente, los aristócratas construían pueblos de cartón piedra,

minúsculas fábricas en apariencia lejanas que echaban humo por las minúsculas chimeneas, falsas acequias, falsos silos, falsos labrantíos que se perdían en el horizonte... A su paso, la emperatriz, que viajaba en un coche de caballos cerrado, admiraba ese país imaginario, lleno de súbditos y ganado, extensiones de trigo y cosechas fatalmente imaginarias. Falsos lectores, falsos libros.

Volviendo a lo nuestro, puede entenderse que uno tenga apego a ciertos libros que han significado algo en su vida; a Luis Mateo Díez le costó devolver *El llano en llamas*, de Rulfo, que había sacado de la Biblioteca Feijoo, en Oviedo, hasta que no consiguió un ejemplar para él. Hay libros así, necesarios como una caja de aspirinas, un bálsamo, un frasco de linimento: Rilke, el poeta, pensaba que era posible incluso recobrar la salud mediante la lectura. Un día, recogiendo rosas en su jardín para una amiga que había anunciado su visita, se clavó en la mano una espina que le provocó una extraña infección que se complicó con la leucemia que padecía. Los últimos días se negó a que le pusieran inyecciones, y se limitó a leer, defendiendo su derecho de quedarse con su propia muerte, y no con aquella

que le ofrecían los médicos. Murió a los 51 años, en diciembre de 1926.

También Joseph Brodsky, prisionero en Siberia, encontró consuelo en la lectura de Auden; Reinaldo Arenas, recluso en las cárceles castristas, en la *Eneida*. Y cuando en 1924 Unamuno fue desterrado a Fuerteventura por enfrentarse al dictador Primo de Rivera, embarcó con un mínimo equipaje que contenía la *Divina Comedia* y una pequeña edición de las poesías de Leopardi.

Recuerdo el caso de Zoe Valdés, que copió a mano, palabra por palabra, en tres viejos cuadernos escolares de espiral, una sobada edición de *Tres tristes tigres*, de Cabrera Infante, prohibida entonces en la isla. El propietario del libro se lo había prestado a cambio de tres latas de leche condensada, la ración completa para todo el mes de su cartilla de racionamiento.

Hay libros indispensables que nos obligan a poseerlos, a conservarlos para hojearlos de vez en cuando, tocarlos, apretarlos bajo el brazo. Libros de los que es imposible desprenderse porque contienen fragmentos del mapa del tesoro.

Pero estos libros imprescindibles no son tantos, ni siquiera siendo generoso en la selección. Vicente

Alexandre, que legó su biblioteca al poeta y académico Carlos Bousoño, no tenía, al parecer, más de dos mil volúmenes, eso sí, cuidadosamente seleccionados. Unos pocos más, alrededor de tres mil, acabó reuniendo Borges a lo largo de toda su vida, y eso contando los que sus amigos le regalaban...

Eduardo Mendoza tiene, al parecer, un número sorprendentemente pequeño de libros, no más de treinta o cuarenta que acostumbra a abandonar en parques o cafeterías cuando los termina. Debe ser gracioso ver cómo alguien se acerca, y se lo lleva.

Más radical es el caso de Salvador Espriú, quien sólo contaba en su casa con los cuatro o cinco libros con los que trabajaba en ese momento, y que regalaba o donaba en cuanto acababa con ellos. Lo mismo hacía Cioran, que no tenía prácticamente ningún libro y que leía normalmente en la biblioteca municipal de París. Recuerdo haber leído en alguna parte el caso de Joseph Joubert, moralista y ensayista francés, que llegó a reducir su biblioteca drásticamente al arrancar de cada uno de sus libros aquellas páginas que no le agradaban, de modo que acabó conservando en su biblioteca sólo las que le interesaban.

Tampoco sé si es la solución más edificante.

Pero, ¿para qué guardar tantos libros? Tal vez pretendamos buscar una justificación apoyándonos en la falacia de la herencia que vamos a dejar a nuestros hijos. Y digo falacia porque es ilusorio pretender que nuestros herederos vayan a cargar gustosos con un patrimonio bibliográfico cuyo valor, desde la aparición del libro de bolsillo, es casi exclusivamente sentimental.

Los libros, además, envejecen mal: el papel amarillea y se torna quebradizo, tienden a desencuadernarse, el polvo penetra irremisiblemente en sus hojas, la humedad deja en las páginas manchas indelebles de color pardusco, puntos de óxido...

Realmente, no alcanzo a explicarme por qué los lectores solemos ser tan reticentes a deshacernos de la parte prescindible —inmensa— de nuestras bibliotecas. Conozco gente que se muestra orgullosa de no haberse desprendido de un libro en su vida. Yo mismo debo reconocer que de mi casa únicamente han salido un par de cajas, tampoco demasiado grandes, y sólo cuando mi mujer y yo conseguimos encontrar a una persona que se las quedara —como una camada de gatitos—, lo cual no fue fácil en absoluto.

Si alguna vez se han deshecho de una caja de libros, sabrán de lo que estoy hablando. Uno puede sacar de casa prácticamente cualquier cosa sin que su estima social se vea mínimamente mermada: se pueden cambiar los muebles de la cocina, las butacas estilo imperio del salón, el tresillo, la cómoda isabelina de la abuela Maximina, cualquier cosa, menos los libros.

Sólo con el trasfondo de una causa noble y solidaria es posible no convertirse en un renegado: y no vean lo reticentes que son las parroquias, las oenegés y las bibliotecas populares a la hora de aceptar material bibliográfico de deshecho, que al fin y al cabo es de lo que estamos hablando. O eres un tipo famoso –una eminencia– y una universidad se queda con tus fondos (es otra manera de decir volúmenes), o quitarse un libro de encima puede llegar a convertirse en una auténtica pesadilla.

Deshacerse de ellos por otros métodos más expeditivos resulta impensable. Contaba Salman Rushdie que, de niño, en Bombay, en ciertas familias se besaban los libros sagrados, los textos divinos, igual que los trozos de pan que se caían al suelo. Pero en su casa no: se besaban los atlas, los

diccionarios, los libros de Enid Blyton, y las tiras cómicas de Superman, cualquier cosa.

A mi generación le ocurre lo mismo: años de educación y de respeto reverencial a la letra impresa han determinado la aparición de un gen que nos impide tirar libros, no digo ya romperlos, o quemarlos. Cuando hay libros que merecerían el fuego redentor nada más aparecer en las librerías. Incluso se diría que hay libros que sólo se editan en realidad para eso.

Hace tiempo tuve ocasión de escuchar al editor Josep Lluís Monreal, el propietario del grupo Océano, contando que había tardado años en aprender a tirar los libros, pero que una vez superado el bloqueo inicial no sólo ha conseguido aprender a deshacerse de ellos con normalidad, sino que en ocasiones lo hace con gran boato, rompiéndolos previamente en pedazos. Fue muy jaleada una anécdota suya en el avión que le traía de vuelta, hace unos años, de la Feria del Libro de Buenos Aires. El libro que leía era tan malo que recorrió el avión de arriba abajo —¿será de proa a popa?— arrancando hojas que entregaba a los viajeros con la recomendación explícita de no leerlo nunca.

Umbral se deshacía de los libros arrojándolos a la piscina, sobre todo cuando tenía visita. Y ahí quedaban, flotando durante días, hinchándose como cadáveres. Una imagen que me trae a la cabeza aquella otra de Pinocho, cuando sus compañeros arrojan sus libros al mar donde los peces, tras mordisquearlos, los dejan a merced del oleaje.

Mario Muchnik instaló en su casa de Barcelona un sitio franco en la entrada, un sofá sobre el que depositaba los libros que las visitas podían llevarse, Félix de Azúa hace una limpieza cada diez años, Andrés Trapiello cuando aparece algún libro en horizontal en las estanterías, el poeta Francisco Pino los tiraba a la basura, Javier Marías se deshace de los suyos regalándolos al portero de su padre, gran lector...

Cuentan que Bryce Echenique, cuando leyó el cuento de Augusto Monterroso *Cómo deshacerse de quinientos libros*, tomó la decisión de desprenderse exactamente de ese número de ejemplares cada vez que hiciera una mudanza. Así, se deshizo de quinientos libros en su viaje Lima-París; de otros quinientos, tiempo después, camino de Montpellier; de otros tantos en el viaje hasta Barcelona y, años

más tarde, de otros quinientos en el traslado a Madrid. De modo que existe, en alguna parte, una biblioteca extinguida de Bryce de más de dos mil libros.

También se recuerda la manera épica con la que Enrique Vila-Matas se deshizo de su biblioteca de libros de Derecho, un viaje tras otro, de noche, exhausto, empapado bajo una lluvia pertinaz, punto literaria, hasta arrojarla entera a un contenedor de basura.

Hay una manera todavía más expeditiva que consiste en cortar por lo sano. José Luis Cuerda, director de cine, confesó una vez que se había deshecho de su biblioteca al completo en dos ocasiones. Había vendido, o regalado, todos los libros, y había empezado de nuevo desde el principio.

Me encantaría poder hablar con él para preguntarle por esa sensación de vértigo que debe producir el tener un solo libro en casa, o dos...

Cuando en 1773 se ordenó la disolución de la Compañía de Jesús, los libros almacenados en la casa de la Compañía en Bruselas se llevaron a la Biblioteca Real belga, donde se encontraron que no había sitio para albergarlos. Así, fueron conducidos a una antigua iglesia, infestada de ratones. Los bibliotecarios idearon un plan para proteger los libros más valiosos, que

fueron colocados en el centro de la nave, ordenados en estanterías. A partir de ahí, los volúmenes prescindibles se fueron amontonando en el suelo, en círculos concéntricos para que los ratones pudieran ir royéndolos, y así preservar intacto el interior.

Ignoro si funcionó.

UN LIBRO CADA TREINTA SEGUNDOS

Y es que antes de que nadie se eche las manos a la cabeza, conviene enfrentarse a la magnitud del problema. El hecho de que la capacidad de lectura y almacenaje es limitada, mientras que la capacidad de edición es ilimitada, resulta indiscutible. Lo que tal vez no sepamos es exactamente hasta qué punto. Gabriel Zaíd, en un ensayo que titula, tal vez acertadamente, *Los demasiados libros*, aporta unas cifras estremecedoras.

En los primeros cien años tras la invención de la imprenta, se publicaron unos treinta y cinco mil títulos, es decir, 350 títulos anuales de media, casi uno al día. Así que hasta bien entrado el siglo XVI aún era posible plantearse la bibliografía universal, tener

todos los libros editados hasta ese momento en el mundo. Lo intentó Hernando Colón, historiador, cosmógrafo, humanista y bibliófilo que, cuando murió en 1539, dejó a sus herederos una colección de 16.000 piezas, la mitad de los títulos impresos que existían.

Pues bien, en los últimos 50 años se han editado 36 millones. Hans Magnus Enzensberger dibujó un desolador panorama en el que las rotativas que imprimían los libros de bolsillo, ediciones baratas y económicas, trabajaban a pleno rendimiento 24 horas al día, y resultaba más caro parar la planta de impresión y volver a arrancar que manchar papel: así las rotativas fabricaban libros directamente encaminados a los saldos, a la sección de oportunidades, o al papelote.

La humanidad publica un nuevo título cada medio minuto, ciento veinte a la hora, dos mil ochocientos al día, ochenta y seis mil al mes. Un lector medio lee en toda su vida lo que el mercado editorial produce en poco menos de ocho horas. Actualizar una imposible biblioteca mundial exigiría 26 kilómetros anuales de estanterías. Incluso los que compramos libros, los que compramos bastantes libros, adquirimos sólo una mínima, ínfima, minúscula, ridícula parte de lo que

se edita. En España cada vez que pagamos un libro, y nos lo envuelven, estamos renunciando a comprar el resto de los 65.000 que cada año se publican o reeditan: 178 diarios, más de siete cada hora.

Pues con lo poco que compramos, seguimos teniendo demasiados; leer un libro a la semana, que es una buena media, situaría en no más de 500 los libros que podríamos leer en una década, mil en veinte años, dos mil en cuarenta, contando vacaciones y fines de semana, noches de insomnio y trayectos en tren.

Umberto Eco cuenta que en una ocasión una periodista visitó su casa, y le preguntó respecto a la cantidad de libros que tenía: ¿Los ha leído todos? A lo cual Eco respondió que por supuesto que no, que cualquier lector mínimamente preparado sabe que hay libros que hay que leer, y libros que hay que tener.

Héctor Yánover, autor de un libro titulado *Memorias de un librero*, situaba la cuestión en su justa medida cuando hablaba de que hay libros para leer y “libros para libros”. Ahí radica el misterio.

A veces, los libros que no son para leer se detectan de inmediato –textos de consulta, regalos de empresa, enciclopedias, tratados profesionales o

técnicos— pero hay veces también que uno descubre sobre la marcha que el libro que está leyendo no era, en realidad, para leer, sino para libro. ¿Debemos los lectores comprometernos a acabar todos los títulos que empezamos, hasta que la muerte nos separe? El escritor colombiano Álvaro Mutis defiende que hay demasiados libros para leer como para perder el tiempo en cosas que no interesan. Tampoco son partidarios de la lectura obligatoria Caballero Bonald, ni Rosa Regás, a quienes pueden citar a partir de hoy cuando necesiten una coartada razonada.

Sin embargo, Lampedusa, el autor de *El Gatopardo*, defendía que también hay que saber aburrirse con los libros, y se forzaba a leer con paciencia incluso títulos decididamente malos. Hay dos datos que podrían arrojar algo de luz sobre este afán mortificador: uno, que Lampedusa era un hombre adinerado que disponía de una enorme cantidad de tiempo; y dos, que solía leer en una bombonería con lo que posiblemente sus opiniones literarias se vieran, en algún modo, dulcificadas por tan sugerente entorno.

Por cierto que siempre salía a la calle con una bolsa donde llevaba golosinas, y calabacines y alguna obra de Shakespeare por si tenía que consolarse

ante algo desagradable. Petrarca viajaba con *Las confesiones*, de San Agustín, en el equipaje; el poeta Claudio Rodríguez nunca olvidaba llevar consigo un ejemplar de *La Divina Comedia*, de Dante, y Oscar Wilde afirmaba tener siempre a mano alguno de sus propios libros por si necesitaba echar mano de alguna lectura inteligente, decía.

Convengamos, en todo caso, que hay un momento decididamente terrible que es ése del libro empezado del que ya se ha leído un centenar de páginas, que abandonamos para leer otra cosa, y al que volvemos dos o tres semanas más tarde cuando ya hemos olvidado los pormenores de la historia, y los nombres de sus protagonistas. ¿Qué hacer?, ¿de verdad es necesario comenzar otra vez desde el principio?, ¿podemos intentar seguir desde donde lo dejamos confiando en que terminaremos poniéndonos al corriente? Ante esta disyuntiva, muchos de estos libros se quedan para siempre a medio leer. Yo tengo un numeroso parque de mediolecturas. He medio leído a Magnus Mills, y a Tom Wolfe, y a Cortázar...

Los libros, como las personas, tienen sus momentos de encuentro que a veces hay que aprender a posponer. Son como piezas de un puzle que encajan o no en un

sitio preciso por mucho que nos empeñemos en que ocurra lo contrario.

Después están los libros que se atraviesan, y con los que no hay manera de llegar a un acuerdo.

Hace tiempo, el diario *El País* publicaba un reportaje donde se preguntaba a una decena de conocidos escritores respecto al libro que no habían sido capaces de acabar. Entre estos libros malditos figuraban *Doktor Faustus* de Thomas Mann, *La Divina Comedia* de Dante, *Paradiso* de Lezama Lima, o *Bajo el volcán* de Lowry. Está también *Ulises*, de Joyce, que es otro de los grandes malditos de cabecera, y *Mazurca para dos muertos*, de Cela, del que yo no conseguí entender nada.

Debo reconocer que soy bastante caótico leyendo. Siempre tengo dos o tres libros en marcha, algo que también he leído que hacía Alejo Carpentier, quien manejaba varios títulos; uno corto, de relatos o cuentos, y otro largo para cuando tenía más tiempo. También estaba habituado a escribir varias cosas a la vez. Él mismo dijo en una entrevista que le resultaba imposible no acabar saturándose si trabajaba en una única novela. Así, escribió simultáneamente *El acoso*, *El camino de Santiago* y *Los pasos perdidos*, que aparecieron casi al tiempo en el mercado. Como

Ramón, que en su casa de Estoril se hizo construir una mesa llena de tableros desmontables, en la que podía trabajar hasta en ocho manuscritos al tiempo.

Yo soy un lector a la carta; nunca sé exactamente lo que me va a apetecer de comida, o de cena. Ahora tengo en mi mesilla un libro de Tomás Eloy Martínez, *Santa Evita*, que alterno con la *Autobiografía* de Chesterton, y a días con otro de Horacio Castellanos, *Donde no estén ustedes*, y *Las tres Rosas*, de Jesús Ferrero, según me pille.

Por cierto, que mi libro de Ferrero lo tengo dedicado por el propio Ferrero que, en la portadilla, me escribió lo siguiente: “Para mi amigo Marchamalo. Con todo afecto a él y a las palabras”.

Guardo algunos libros dedicados, la mayoría de amigos, o conocidos. Y hay una diferencia muy importante entre lo que te escribe la gente que te conoce, con quien se establece cierta complicidad, y la que no te conoce. En general, cuando el autor no te conoce de nada, o de manera un tanto superficial, suele mostrarse sobre todo afectuoso.

“A Jesús Marchamalo, con todo afecto”, por ejemplo, es lo que me escribió Ana María Matute, en *Olvidado Rey Gudú*. También se mostró afectuoso

conmigo Manuel de Lope, quien rubricó lo siguiente en su libro *Jardines de África*: “Para Jesús con un saludo afectuoso del autor”, o Antonio Buero, de quien conservo un libro dedicado con “A Jesús, afectuosamente”. Tengo otro del escritor Amos Oz que dice: “For Jesús, Shalom” que debe ser como afectuosamente en hebreo. También Amin Maalouf me firmó una dedicatoria afectuosa en su libro *Las escalas de levante*, “Pour Jesús, cordialment”, a pesar de haberle explicado que había leído todos sus libros. Claro que mi francés de ortopedia pudo hacerle entender en realidad cualquier otra cosa.

Una amiga me consiguió uno firmado por Gabriel García Márquez, quien se lo devolvió “bendecido” según sus propias palabras con un divertido: “Para Jesús, ¡Jesús!”. Y tengo también otro de Millás, en casa, en el que se lee: “Para Jesús, con mis mejores deseos de futuro”. Algo distinto y prometedor. Después me enteré de que Millás sólo dedica de dos maneras, la manera A, que es la que me puso a mí, y la B que ahora no recuerdo pero que también es así tipo cómodo y generalista.

Tengo uno de Paulo Coelho en el que se lee un imperativo “Jesús, paga el precio de tus sueños”, y

otro de Luis Landero en el que dibujó un pato y una guitarra. De hecho, me dibujó algo que, sostuvo, era un pato y una guitarra.

Pero en fin, estábamos hablando de cuántos libros se pueden leer al tiempo. Yo decía que ahora tengo cuatro, a los que hay que sumar otro de trabajo, más una balda completa de deberes, y la sala de espera que, en este momento, son tres montones sobre la alfombra, junto a la cama... Y suelo manejar otro libro más, portátil, o varios, que saco para leer en el metro, o en los autobuses, libros no demasiado voluminosos, en general de bolsillo, y resistentes.

Habrá quien me entienda perfectamente, y habrá quien piense que es una barbaridad. No sé quién dijo que el acto de leer es uno de los más egoístas y radicalmente personales e intransferibles que existen: *El vicio sin castigo*, como dijo Valery Larbaud.

La relación con el libro es única y cada uno se la plantea de manera diferente. Vicente Aleixandre acostumbraba a leer tumbado sobre un sofá en el que pasaba gran parte del día. Azorín lo hacía hundido en un sillón de orejas, de espaldas a la

ventana, junto a una mesa camilla, de faldas, con un brasero y una manta sobre las piernas, mientras que Guillén, en su casa de Málaga, leía frente a la ventana, una ventana que daba al mar y que le hacía sentir la ficción de vivir en un matisse.

En silencio leía Juan Ramón Jiménez, tan en silencio que acorchaba las habitaciones en las que trabajaba para que el ruido no le perturbara la vida y la lectura. Claro que Jiménez, un raro, se lavaba las manos hasta tres o cuatro veces, la última siempre con colonia, antes de coger un libro de alguno de sus poetas favoritos, muchas veces Verlaine. También he leído, no consigo recordar dónde, que Baudelaire era especialmente sensible a la contaminación sonora, e igualmente amigo del aislamiento acústico y las placas de corcho. Y se cuenta que Faulkner dejó un trabajo en la estafeta de la Universidad de Misisipi porque el que le estuvieran pidiendo sellos no le dejaba concentrarse en la lectura.

En el otro extremo se encuentra José Hierro, que no sólo leía, sino que también escribía en un bar bullicioso al lado de su casa, en Santander, donde hoy se lee en una placa: “Aquí escribe sus poemas José Hierro”.

LIBROS ESGUARDAMILLADOS

Estoy seguro de que con los libros cada uno da suelta a sus manías y fobias con generosidad. Hace no mucho me contaron que Lobo Antunes mete la cabeza entre las páginas para oler el papel, como hicimos durante años con nuestros libros de texto; todo mi bachillerato huele a tinta industrial. A Cernuda también le embriagaba el olor a tinta, había veces que iba a la imprenta de su amigo Altolaguirre donde tenía un mono guardado –dicen las malas lenguas que de seda azul– sólo para respirar el aroma inconfundible del papel impreso.

Es curioso el interés que en multitud de casos despierta en los escritores el mundo de la edición. Walt Whitman, que trabajó como cajista en una pequeña imprenta en Brooklyn, aprovechó sus conocimientos para componer él mismo la primera edición de *Hojas de hierba*; lo mismo que el poeta Georges Duhamel, que había aprendido el oficio de tipógrafo, y que se editó su primer libro de poemas. En España, Giménez Caballero –el raro Caballero– compuso las *Notas Marruecas de un soldado* en la imprenta que tenía su padre, a ratos

perdidos, y José Bergamín abandonó durante unos meses la carrera de Derecho para conocer de cerca el funcionamiento de las prensas y linotipias.

Hay una anécdota encantadora de la escritora Nuria Amat en la que confiesa que colecciona misales, y que es capaz de reconocer cada uno de ellos con los ojos cerrados, sin tocarlo, únicamente por el aroma que desprenden sus páginas. Una hazaña que a mí me parece de gran merecimiento.

Yo también soy maniático con los libros. Y es curioso cómo, con el paso de los años, he ido cambiando de manías; no sé si empeorando o mejorando, la verdad. Antes firmaba cada libro que leía, con la fecha y el lugar, si no era Madrid, y muy excepcionalmente incluía algún comentario para la posteridad. Me ha costado encontrarlo, pero por ejemplo en *La ternura del dragón*, de Ignacio Martínez de Pisón, dejé escrito en octubre de 1988 un críptico: “Siempre llueve a las seis y media”, comentario de indudable profundidad filosófica respecto al que soy incapaz de aportar mayores datos.

No sé quién dijo que cada libro conserva en su interior las huellas del lector que uno fue en otros tiempos, y releer libros es como viajar en la máquina del tiempo;

se encuentran notas, firmas, flores prensadas... Ahora me he vuelto perezoso, y la mayoría de los libros que leo ni siquiera los firmo. Antes tenía sumo cuidado en que el uso no estropeará la encuadernación, ni dejara marcas en el lomo. Ahora, en general, prefiero estar cómodo leyendo aunque la lectura afecte a la integridad física del libro. Aunque también debo reconocer haber comprado un libro sólo porque el que tenía estaba suficientemente estropeado.

Dámaso Alonso, quien tenía una librería de las de escalera –otro nivel–, decía “esguardamillar”. Era reticente a prestar sus libros porque, según él, se los devolvían completamente esguardamillados, cosa que le resultaba del todo intolerable.

Por cierto, que es una palabra, esguardamillar, que aparece en el Diccionario de la Real Academia y que significa desbaratar, descomponer y descuadernar, lo que demuestra los sobrados conocimientos de Dámaso Alonso en lo tocante a los libros prestados.

A mí, sin embargo, me gustan los libros viejos, incluso los esguardamillados. Una de mis aficiones favoritas consiste en ir a una librería de ocasión y bucear durante horas por los anaqueles y estantes intentando dar con uno de esos tesoros ocultos

de los que hablan las leyendas de los libreros de viejo.

Porque es sabido que incluso a los más preparados del oficio, a los más avispados, se les escapa en ocasiones un libro raro o curioso, una primera edición, un ejemplar valioso de pequeña tirada, o un libro anotado en los márgenes, comentado en las páginas, o que conserva en su interior pequeños tesoros, pistas e indicios de su anterior propietario.

De un libro antiguo intriga saber a quién ha pertenecido y, en ocasiones, intriga saber también su peripecia, desde los estantes de una biblioteca particular hasta las baldas de oferta de una librería de lance.

Después está todo lo demás. Las cosas singulares que aparecen en los libros. Yo he encontrado billetes antiguos de tranvía o autobús, quinielas, fotos de carné de desconocidos, pequeños papeles con anotaciones, facturas, e incluso una vez un talón en blanco, creo recordar que en el libro de David Lodge *El mundo es un pañuelo* que, por cierto, es un libro muy recomendable, no sólo por el talón sino por el libro en sí.

Esto me lleva a reparar en la cantidad de personas que guardan el dinero en los libros. Lo hacía nuestro

amigo Lampedusa, quien bromeaba afirmando que sus libros eran su mayor tesoro. También Sergio Pitol me confesó que durante muchos años, cuando ejerció como diplomático en algunos países del Este, utilizó su biblioteca como caja fuerte, sobre todo, las obras de Molière. Y hace poco me contaron que cuando la biblioteca de Julio Cortázar (unos cuatro mil libros) llegó a la Fundación Juan March de Madrid donde se conserva, apareció en alguno, oculto en la solapa de las guardas, uno o dos billetes olvidados allí por el autor de *Rayuela*.

Es el problema de guardar dinero en los libros, que se corre el riesgo de perderlo irremisiblemente. Yo mismo recuerdo haber guardado un billete de cinco dólares nuevo a estrenar, cuando volví hace años de un viaje a Nueva York, y todavía no he conseguido recuperarlo. Busqué, haciendo memoria, en los últimos libros que había leído, los últimos que había consultado, los últimos que había ordenado, pero aun así no hubo manera. Había un artículo de Millás donde contaba que la manera de no perder billetes en los libros consistía en guardarlos en una enciclopedia en la letra correspondiente al dinero, en este caso la S, de Suiza.

Otro de los grandes debates respecto a los libros tiene que ver con lo que se considera legítimo o no hacer con ellos. ¿Pueden subrayarse?, ¿pueden introducirse comentarios en los márgenes? ¿con bolígrafo o sólo con lápiz? ¿es constitutivo de delito doblar la esquina de una página para señalar por dónde vamos?

Mi generación ha crecido en una filosofía de respeto reverencial al libro, ya lo he contado. En mi casa, recuerdo que cada libro que se leía era previamente forrado y no estaba permitido, por supuesto, escribir o señalar nada. Yo, desde luego, soy incapaz de subrayar un libro, ni siquiera aquéllos con los que trabajo o que me sirven de documentación. Cuando algo me interesa dejo un Post-it o un pedazo de papel marcando la página, y si acaso una imperceptible señal con lápiz, tan imperceptible a veces que me obliga a leer de nuevo la página completa hasta que encuentro lo que me había interesado.

El escritor George Steiner es también de los que piensa que no se puede leer un libro si no es con un lápiz en la mano, o en la oreja. Leí hace tiempo que a Stevenson le gustaba salir al campo a leer; llevaba el libro en el bolsillo izquierdo, y un cuaderno en blanco, para escribir, en el derecho.

También Cortázar llenaba sus libros de notas y comentarios, a lápiz, y con pluma, y con rotulador y con cualquier cosa que tuviera a mano. Anotaba en francés, inglés o castellano, dependiendo del idioma en que estuviera leyendo, no como Mallarmé cuyos libros, decía, sólo hablaban francés.

Me contaron de Cortázar una historia fantástica; la de esa biblioteca deshojada, volandera, en Italia. Viajaba con su mujer, Aurora, a mediados de los años cincuenta, en tren, y para no cargar con equipaje innecesario, acostumbraban a comprar libros en las librerías de las estaciones, para los trayectos. Compraban un título que leían juntos, en general primero Julio que, cuando terminaba una página, la arrancaba y se la pasaba a Aurora, sentada a su lado, que cuando acababa de leerla la arrojaba por la ventanilla.

De modo que habrá en alguna parte una biblioteca perdida de Cortázar, una biblioteca secreta. Tal vez para encontrarla sea preciso seguir las vías férreas por toda Italia, de norte a sur y de este a oeste, recogiendo las páginas que Aurora y Julio, Julio y Aurora arrojaban del tren.

También arrancaba las páginas el poeta Claudio Rodríguez, que las guardaba en un cajón, sujetas

con una pinza. Y Menéndez Pelayo, que entraba en las librerías y hojeaba cada libro con voracidad extrema hasta que daba exactamente con lo que le interesaba, y lo cortaba para pasmo y alarma del librero.

Volviendo a los libros anotados, conservo uno de Andrés Berlanga, *Del más acá*, en el que el propio Berlanga fue buscando las erratas en las páginas donde sabía que estaban, y enmendándolas con un bolígrafo, antes de regalármelo. Es de la opinión de que corrigiéndolas, aun dejando el libro marcado, resuelve un estigma mayor e imperdonable.

Es algo que también hacía Pedro Salinas, resignado, cuando recibía sus libros de poemas, repletos de erratas, de la imprenta de Altolaguirre.

Salinas que, por cierto, perdió todos sus libros durante la Guerra Civil. En junio de 1936 cerró su casa, camino de Santander, donde desempeñaba el cargo de secretario general de la Universidad de Verano. Y ya no volvió.

Porque en algún lugar deberíamos hablar de los libros perdidos, los olvidados, los prestados y nunca devueltos, los extraviados en mudanzas o abandonados en casas a las que no regresamos.

También perdió los suyos Ramón Gómez de la Serna, que salió apresuradamente de España, camino de Buenos Aires, horrorizado de sangre y de pistolones al cinto. La casa de Pío Baroja, en la calle Mendizábal, fue bombardeada, y la de Juan Chabás en la calle Fuencarral. Allí ardieron sus libros, sus originales, su correspondencia... Machado tuvo que abandonar en el maletero del coche que le conducía al exilio una pequeña maleta con sus papeles y libros, que nunca aparecieron.

Vicente Aleixandre vivía en un chalé en la calle Velintonia, en una zona cercana a la Ciudad Universitaria, de Madrid, convertida de inmediato en frente de guerra. Fue desalojado y tuvo que irse a vivir a casa de unos tíos, en la calle Españolito. Cuando se estabilizaron los frentes consiguió un salvoconducto y con un carro de mano, acompañado de su amigo Miguel Hernández, fue a su casa casi derruida por la artillería y los bombardeos, para ver qué podía rescatar. Regresó con el carro casi vacío, cargado con sólo tres o cuatro libros, todos manchados de barro y de pisadas, mojados y ateridos. Uno de ellos era *Pasión de la tierra*, un buen título.

Después está el fuego. El fuego y los libros siempre han tenido zonas de horror y zonas de morbosa fascinación. Los libros de Conrad están llenos de ceniza y quemaduras, porque el autor de *El corazón de las tinieblas* era fumador, y tampoco andaba con muchos remilgos mientras leía. Nabokov, el inmortal autor de *Lolita*, estuvo en un tris de no serlo a juzgar por el empeño que puso en quemar los primeros capítulos del manuscrito en el jardín de su casa: fue su mujer quien debió salvarlos del fuego. También Lowry estuvo a punto a perder el manuscrito de *Bajo el volcán* cuando ardió una habitación de su casa, al parecer de forma fortuita.

Fue trágico el destino de la biblioteca de Octavio Paz. La navidad de 1996, un voraz incendio provocado por un cortocircuito redujo a cenizas buena parte de su biblioteca –“Los libros se van como se marchan los amigos”, dijo días más tarde con lágrimas en los ojos–. Pasto de las llamas ardieron no sólo libros de sus amigos y autores de su consideración, sino los heredados de su abuelo Irineo, sus libros de juventud, muchas de sus primeras ediciones en México...

Las llamas convirtieron en ceniza las portadas, reproducciones de cuadros de Hopper, o Munch, o

Corinth, ahora tan de moda. Las lenguas de fuego en Cuauhtémoc, donde vivía, acariciaron con saña los títulos, en letras de molde: *El coronel no tiene quien le escriba*, *El jardín de los cerezos*; *Las almas muertas*, *El extranjero*... Después, el fuego entró en los libros, y comenzó a prenderlos desde el principio: ardió *Alicia en el país de las maravillas*: “Alicia estaba empezando ya a cansarse de estar sentada con su hermana a la orilla del río”. Ardió *Cien años de soledad*: “Muchos años después, frente al pelotón de fusilamiento...”. Ardió *La metamorfosis*: “Al despertar Gregorio Samsa, una mañana, tras un sueño nada reparador, descubrióse a sí mismo, dentro de su propio lecho, convertido en un gigantesco insecto”. Ardieron *El principito*: “Cuando yo tenía seis años vi una vez una lámina magnífica...” y el *El baron rampante*: “Fue el 15 de junio de 1767 cuando Cósimo Piovasco de Rondó, mi hermano, se sentó por última vez entre nosotros”.

Octavio Paz nunca consiguió sobreponerse al incendio de sus libros. Porque con los libros no sólo se quemaron las historias, los personajes, los lugares. Con los libros ardieron las dedicatorias, las anotaciones en los márgenes, las erratas corregidas a mano. Con los

libros ardieron las tardes luminosas en las que los había leído, el olor del papel, el orden de las estanterías, el tacto de los amigos a los que se los había prestado.

Porque al final los libros están siempre anotados, y doblados en las esquinas, y marcados a lápiz, y esguardamillados. Los libros siempre contienen cheques, y quinielas, y fotografías de desconocidos, y pedazos de diarios, y recetas antiguas, y cromos, y flores prensadas.

Y a veces, también, un billete de cinco dólares.

D
í Esta
a obra ha
 sido compuesta
 en Garamond y
d *está impresa en papel*
e *verjugado de 100 g. Su*
l *edición ha estado a cargo*
 del Departamento
L *Publicaciones del*
i *Consejo*
b *Superior de*
r *Investigaciones*
o *Científicas.*

